

Sobre la influencia del *Examen de ingenios* en Cervantes. Un tema revisitado¹

DAVID F. ARRANZ LAGO

*¿Quién diremos, señor, que es este caballero
que vuesa merced nos ha traído a casa?
Que el nombre, la figura, y el decir que es caballero andante,
a mí y a mi madre nos tiene suspensos-*
(Q, II, 18)

*[...] me choca mucho [...] la tan esparcida
cuanto nefanda creencia de que Don Quijote
no es sino ente ficticio y fantástico,
como si fuera hacedero
a humana fantasía el parir tan estupenda figura-*
(Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*)

*•Puede parecer una ehucubración sin sentido,
pero la historia, en sus investigaciones
y en el acervo popular ha hecho de don Quijote un personaje vital y real-*
Isaías Moraga Ramos, *•Salud, enfermedad y muerte en el Quijote*•²

¹ El presente estudio sólo aspira a desbrozar el cuadro clínico real de Alonso Quijano (•Quijada o Quesada –que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben– [...]. Q, I, 1), a la luz de las doctrinas del admirable médico navarro Juan Huarte de San Juan (h. 1529- h. 1591) impresas en su *Examen de Ingenios para las ciencias* (1575), en un intento revisionista de lo hasta ahora publicado, desde una perspectiva sincrética –como la del propio Huarte– que toque de lleno la locura del viejo hidalgo desde el punto de vista de la frenopatía periclitada de la que se sirvió Cervantes para dar inmortal visaje vesánico a don Quijote. Como texto básico manejamos la edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* realizada por Luis Andrés Murillo, Madrid, Clásicos Castalia, 1978.

² *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (celebrado en Alcalá de Henares del 6 al 9 de noviembre de 1989)*, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 344.

HUARTE Y EL CONOCIMIENTO PSICOPATOLÓGICO DE SU TIEMPO

Fue Huarte de San Juan un hombre que se anticipó a su tiempo. Considerado hoy como el padre de lo que en la época fueron los primeros estudios psicológicos del temperamento individual, trató de dar solución —desde una postura teórico-pragmática— a unas necesidades concretas de la política de Felipe II, al que los arbitristas traían de cabeza con especulaciones mentales y malabarismos estratégicos cuasicómicos³.

En el umbral del siglo XVII, el afán sistematizador y el panmetodismo enciclopedista han ido sustituyendo subrepticamente al pensamiento universalista surgido de los *studia humanitaris*⁴; Hipócrates, Aristóteles y Galeno, aunque persisten en el fondo, comienzan a dar muestras de cansancio en un panorama donde acucian cada vez más las necesidades de la *república*⁵, y van dando paso a la ciencia moderna con Vesalio, Huarte y Montaña de Montserrat.

El 23 de febrero de 1575 vio la luz el *Examen de Ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan. Médico de grandes intuiciones y con una gran formación a sus espaldas realizó una labor encomiable para su época: El libro constituye no sólo un tratado fisio-psicológico y biológico-dietético, sino también una *polyanthea* que reúne casi la totalidad de los que podríamos llamar grandes temas, desde la naturaleza de la inteligencia hasta la valoración de la lengua castellana como vehículo de transmisión del saber⁶, pasando por cuestiones de retórica, poética, medicina, eugenésica, demonología, idiosincrasia, etc. Pero ante todo, el libro es un instrumento al servicio de la *república* para una mejoría de su funcionamiento a partir de las disposiciones naturales de sus súbditos (no olvidemos que la *república* era un trasunto del cuerpo humano)⁷.

Es decir, en palabras del propio Huarte, «Saber, pues, distinguir y conocer estas diferencias naturales del *ingenio* humano⁸, y aplicar con arte a cada una

³ Vilar, J. *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro*. Madrid, Revista de Occidente, 1972.

⁴ Cf. López Piñero, J.M. *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona, Labor, 1979, de suma utilidad para un acercamiento a este panorama científico.

⁵ Fue rechazado progresivamente como método el saber considerado como abigarrada y a veces asistemática compilación de conocimientos del que se dio muestra en obras como la *Silva de varia lección* (1540) de Pedro Mexía, *El Jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada, la *Floresta española* (1574) de Melchor de Santa Cruz, la *Filosofía secreta* (1585) de Juan Pérez de Moya, la *Silva curiosa* (1587) de Julián Medrano, etc., pero estas obras aún eran consultadas y seguidas como en el caso de las *Clavellinas de recreación* (1614) y el *Tesoro de diversa lición* (1635) de Ambrosio de Salazar.

⁶ Cf. Torre, Esteban. *Ideas lingüísticas y literarias del doctor Huarte de San Juan*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977.

⁷ Así sirvan como botón de muestra la *Breve y sumaria declaración del Arte general* (1586) de Pedro de Guevara, la *Filosofía natural* (1589) de Simón Abril, los *Remedios para la salud del cuerpo de la República* (1610) de Pérez de Herrera y el *Tratado de república y política cristiana* (1619) de Juan de Santamaría.

⁸ Y éste, el ingenio, es precisamente el punto de contacto que se establece con *El Ingenioso Hidalgo*.

la ciencia en que más ha de aprovechar⁹, de manera que a cada naturaleza humana le corresponda un arte concreto de acuerdo con las demandas del Estado –en especial el de Felipe II, al que dedica su *obra*–, sobre todo económicas. Trata, además, de mostrar la dependencia del *ingenio* respecto de la constitución temperamental, combinándose así el plano teórico y el práctico con magistral habilidad; el afán «comprehensivo» claramente apreciable en Huarte pretende abarcar las cosas naturales, clasificarlas –lo que implica en cierta medida un reduccionismo de base organicista– y crear arquetipos.

Las imbricaciones huertinas son fácilmente rastreables en Pinciano, Carballo, Cascales y Baltasar Gracián (*Agudeza y arte de ingenio*), quienes coinciden con él en que la huella divina o furor poético es un mito, y sólo es posible llegar al dominio de la metrifización por medio del perfeccionamiento fisiológico, ya que todas las almas son *tabulae rasae*, según el *dictum* aristotélico. Precisamente *De anima*, del filósofo estagirita, sirve a Huarte como punto de partida: Aristóteles ya había relacionado de manera indisoluble el *ingenio* con el humor melancólico. Otras fuentes aristotélicas de las que bebió Huarte son: *De partibus animalium*, *De somno et vigilia*, *De memoria et reminiscencia*, etc. Hipócrates¹⁰, Empédocles¹¹, Platón¹² y Galeno¹³ configuran junto a Aristóteles el quinteto de pilares sobre los que Huarte erige su mole innovadora, su afán enciclopedista heredero del sistema lulliano. Esto implica un admirable esfuerzo sintetizador de pautas totalizadoras para abarcar los hechos naturales recogidos en la edad de oro de la casuística. Toda dimensión humana para Huarte –incluso el alma– es susceptible de una explicación orgánica¹⁴. Por esto, la Inquisición expurgó frecuentes pasajes del libro por orden del cardenal Quiroga, quien introdujo el *Examen* en el *Index et catalogus librorum prohibitorum* de 1581 y suprimió por completo el capítulo en el que trata de la inmortalidad del alma, porque para el autor ésta dependía de la constitución humoral u orgánica del cerebro. Huarte tuvo que retractarse públicamente en posteriores reediciones de lo que había dicho en la *princeps*, como esta palinodia que de seguro escribió

⁹ Seguimos la documentada edición que del *Examen de ingenios* hace Guillermo Serés en la colección «Letras Hispánicas» de Cátedra (1989).

¹⁰ Utiliza Huarte en su totalidad el *Corpus Hippocraticum* (72 libros), en especial las materias tocantes a los cuerpos húmedos y secos, los elementos constitutivos (pituitoso, flemático y bilioso), el arte y la ética del médico, patología, fisiología, dietética y ginecología, la psicología diferencial a partir de los pueblos, las regiones, los aires...

¹¹ De Empédocles toma la teoría de las cuatro raíces o cosas físicamente irreductibles a realidades más simples (las homeomerías de Anáxagoras y los átomos de Leucipo y Demócrito). La teoría de los cuatro elementos es fundamental para entender la locura de don Quijote.

¹² De Platón utiliza el *Fedro*, el *Timeo*, *las Leyes*, *La República*, el *Teeteto* (*De scientia*), etc.

¹³ De Galeno utiliza *Quos animi mores corporis temperatum insequantur* («Por qué las costumbres del espíritu están en consonancia con los temperamentos del cuerpo») y *De optima doctrina*.

¹⁴ Es decir, que aclare las relaciones entre el cerebro y el entendimiento.

a regañadientes: «La prudencia y sabiduría y las demás virtudes humanas están en el ánimo, y no dependen de la compostura y temperamento del cuerpo como pensaron Hipócrates y Galeno».

EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LOS CUATRO HUMORES

Antes de meternos de lleno en materia quijotesca, hemos de despojarnos de nuestros conocimientos y prejuicios en cuanto a ciencia actual se refiere, y dar un, por otra parte, ineludible vistazo a la idea general que se tenía en los siglos XVI y XVII de las facultades del alma intelectual y a la abandonada teoría de los humores que parte de la medicina de la Antigüedad.

Si abordáramos las características fisis-psicológicas de nuestro hidalgo –y ése es el fondo de la cuestión– desde la perspectiva de la psiquiatría de hoy, no haríamos otra cosa que dar palos de ciego, por lo que la visión retrospectiva es imprescindible.

A grandes rasgos diremos que los dos baremos que clasifican la facultad propia y peculiar del alma sensitiva de cada individuo son la naturaleza de ésta y sus potencias, tal como se expone a continuación:

1. La naturaleza viene definida como el temperamento de las cuatro calidades primeras –a saber, calor, frialdad, humedad y sequedad–, de cuya combinación nacen los caracteres de los hombres.

2. Las potencias del alma intelectual, que dependen del cerebro –y éste a su vez de la proporción de las cuatro calidades elementales–, son: la memoria, la imaginativa, la fantasía y el entendimiento. A cada potencia le corresponde unas determinadas aptitudes y profesiones, de ahí que sea fundamental el que cada individuo busque cuál es su facultad y potencia más pujante, ayudándose del conocimiento de su propia fisiología.

Esto es, si en su constitución predomina lo cálido, su facultad imperante será la imaginativa, y la fantasía se verá desbaratada; si predomina lo húmedo, sobresaldrá la memoria, y si, en cambio, es lo seco, el entendimiento.

En el cuerpo humano, las cuatro calidades primeras encuentran su correlato en los cuatro humores: la cólera o bilis amarilla, la sangre o bilis roja, la melancolía o bilis negra y la flema o bilis blanca¹⁵. Valgan las palabras del propio Huarte que cita un ilustrativo ejemplo al respecto:

Finjamos, pues, cuatro hombres enfermos en la compostura de la potencia visiva, y que el uno tenga en el humor cristalino una gota de sangre empapada, y

¹⁵ Véase el cuadro de concatenaciones de Juan Bautista Avalle-Arce en *Don Quijote como forma de vida*. Madrid, Castalia, 1976, p. 117, quien a su vez se basa en Martine Bigeard, *La folie et les fous littéraires en Espagne. 1500-1650*, París, Centre de Recherches Hispaniques, 1973, p. 20.

otro de cólera, y otro de flema, y otro de malancolía. Si a éstos, no sabiendo ellos de su enfermedad, les pusiésemos delante un pedazo de paño azul para que juzgasen del color verdadero que tenía, es cierto que el primero diría que era colorado, y el segundo amarillo, y el tercero blanco, y el cuarto negro. Y todos lo jurarían, y se reirían unos de otros como que erraban en cosa tan manifiesta y notoria. Y si estas cuatro gotas de humores las pasásemos a la lengua y les diésemos a beber un jarro de agua, el uno diría que era dulce, el otro amarga, el otro salada y el otro aceda (*Examen*, 2.º proemio, p. 173).

Según la medicina clásica, y por ende Huarte, el carácter y las enfermedades del hombre, así como su *ingenio*, vienen dados por el balance de los cuatro humores que se establece en el cuerpo de cada individuo; dependiendo del predominio de uno u otro humor se configuran los diferentes tipos psicológicos: el colérico, en el que prima la cólera o bilis amarilla y es seco; el sanguíneo, en el que prima la sangre sobre el resto de humores y por eso es caliente; el melancólico, que es frío porque abunda en bilis negra, y el flemático, que es húmedo por exceso de flema o bilis blanca.

Pero estos cuatro humores no actúan de manera aislada, sino en interacción con las cuatro facultades del alma intelectual ya mencionadas, determinando así el ingenio merced a esta mezcla cualitativa (krasis)¹⁶.

Nuestro objetivo es demostrar cómo Alonso Quijano es un hombre colérico y de *ingenio*, ya que las fronteras que encierran la palabra «loco» están hoy por hoy –y estaban entonces– muy difuminadas¹⁷. La naturaleza de su alma sensitiva está alterada, exacerbada por una hipertrofia de la imaginativa¹⁸ debida a la sequedad de su cerebro, producto de las lecturas insomnes a las que se entregó vigilia tras vigilia:

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio (Q, I, 1).

¹⁶ Guillermo Serés, en su particularmente ilustrativo artículo «Huarte de San Juan: de la “naturaleza” a la “política”», publicado en *Criticón* (Toulouse), 49 (1990), p. 84, afirma que se trata de un «método combinatorio de cualidades elementales, humores, edades, latitudes geográficas, aires, dietas, etc., que en último término remite a Hipócrates».

¹⁷ Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611) dice acerca de «loco»: «La etimología deste vocablo tornará loco a cualquier hombre cuerdo, porque no se halla cosa que hincha su vacío... puédese aver dicho... a loquendo, porque los tales suelen, con la sequedad del cerebro, hablar mucho y dar muchas voces; y si bien lo consideramos al hombre que está en su juyzio, si es muy hablador, dezimos comúnmente ser un loco. Entre loco, tonto y bovo ay mucha diferencia, por causarse estas enfermedades de diferentes principios y calidades! La una de la cólera adusta, y la otra de la abundancia de flema. Vide verbo bovo, y en esto me remito a los médicos» (Madrid, Turner, 1977, s.v.).

¹⁸ De ella dice Aristóteles en el libro III de *De anima*: «La imaginación será un movimiento producido por la sensación en acto», Luis Vives en su *De anima et vita* la define como «una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos», es decir, un receptor situado en el alma de todo lo percibido por los sentidos.

La vigilia produce una deshidratación en el cerebro solamente reparable por medio del sueño, y Alonso Quijano no estaba dispuesto a dar un momento de respiro a su desgastada mente. La sintomatología del hidalgo se presenta así de manera consecuente con la ciencia de su tiempo.

La imaginativa es de donde surge la percepción consciente –la facultad de la solercia– y constituye el puente entre el entendimiento y la fantasía, entre el intelecto y la sensibilidad; es la encargada, en definitiva, de construir las figuras, imágenes y especies.

La certidumbre que este individuo tiene de su entorno, según Huarte, «toda está desbaratada y suelta en sus materiales como casa convertida en piedras, tierra, madera y teja, de los cuales se podrían hacer tantos errores en el edificio cuantos hombres llegasen a edificar con mala imaginativa» (*Examen*, XI, p. 478). Y es el caso, como cuenta Cervantes, que «a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído [...]» (*Q*, I, 2). Las imágenes sensoriales recogidas por los sentidos de Alonso Quijano quedan deformadas a la hora de imprimirse en el alma; ni más, ni menos.

Sin embargo, nuestro hidalgo andaba bien de entendimiento y así lo atestiguan su ama, que le tenía por el «más delicado entendimiento de toda la Mancha»; y Sancho, que le dice en Sierra Morena: «Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo y que no hay cosa que no sepa» (*Q*, I, 25).

Es más, si don Quijote hubiera tenido dañado el entendimiento no podría aspirar al bien, y ésta es precisamente la función que asumió desde su primera salida «deshaciendo todo género de agravio» (*Q*, I, 1) aquel caluroso día del mes de junio en que se resecaban los cerebros más templados:

Por eso dijimos atrás –señala Huarte– que el calor era el instrumento con que obraba la imaginativa, porque esta calidad levanta las figuras y las hace bullir, por donde se descubre todo lo que hay que ver en ellas. Y, si no, hay más que considerar: tiene fuerza la imaginativa, no solamente de componer una figura posible con otra, pero aun las que son imposibles, según orden de Naturaleza, las junta y de ellas vienen a hacer montes de oro y bueyes volando (*Examen*: X, p. 439).

Sabemos además que andaba bien de memoria¹⁹: Cuando don Quijote tiene noticia de la existencia del sosias desenamorado de Avellaneda, exclama:

Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido [...] (*Q*, II, 59).

¹⁹ Luis Vives en *De anima* define memoria como «aquella facultad del alma por la cual aquello que uno conoció mediante algún sentido externo o interno consérvalo en la mente. Así pues, toda su actuación está vuelta hacia dentro, y la memoria es como la tabla rasa que un pintor iluminó. Así como la tabla, mirada con los ojos, produce una noción, la memoria la realiza por los ojos del alma, que entiende o conoce». Cf. AVALLE-ARCE, *op. cit.*, p. 101, n.4.

El protagonista apócrifo derrumbaba de golpe el edificio cervantino, ya que Martín Quijada es, como él mismo reconoce, el Caballero Desamorado, de una estructura psicológica diametralmente opuesta a la de Alonso Quijano; el de Avellaneda²⁰ rubrica su escudo con el emblema del desamor:

Pero es menester, Sancho –escribe Avellaneda–, para esto, en esta adarga que llevo [...] poner alguna letra o divisa que denote la pasión que lleva en el corazón el caballero que la trae en su brazo; y así, quiero que en el primer lugar que llegáremos, un pintor me pinte en ella dos hermosísimas doncellas que estén enamoradas de brío, y el dios Cupido encima, que me esté asestando una flecha, la cual yo reciba en el adarga, riendo dél y teniéndolas en poco a ellas, con una letra que diga al derredor de la adarga: “El Caballero Desamorado” (*Q. Apócrifo*, V. 4)²¹.

A diferencia de nuestro hidalgo, Martín Quijada sufre una lesión en el entendimiento, lo que le lleva a acabar sus días en el Hospital de la Visitación de Toledo, el de mayor fama en la época. Era un loco de manicomio. En cambio, Alonso Quijano ofrece un cuadro clínico, sí; mas fluctuante por su doble lesión en la imaginativa²² y en la fantasía²³, mientras que la memoria y el entendimiento permanecen intactos. Es don Quijote –y no un loco cualquiera– el que escucha atentamente la tragedia de Cardenio porque son «discursos de entendimiento» y el que estalla al oír lo que el Roto dice del amancebamiento entre el ficticio maestro Elisabat y la también ficticia reina Madásima porque toca a la imaginativa y a la fantasía y, como hemos visto, en su cons-

²⁰ Cervantes califica a Avellaneda como «fingido» y de «resfriado ingenio» (*Q*, II, 74).

²¹ Fernández de Avellaneda, Alonso. *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida, y es la quinta parte de sus aventuras*. Edición de Agustín del Saz, Barcelona, Juventud, 1980, pp. 50-51. También Cf. Gilman, Stephen. *Cervantes y Avellaneda, estudio de una imitación*, trad. del original inédito por Margit Frenk Alatorre. México. El Colegio de México, 1951.

²² Afirma Huarte que «cierta diferencia de imaginativa (...) convida al hombre a ficciones y mentiras». En el capítulo XLVI de la primera parte del *Quijote*, cuando todos los inquilinos de la venta se disfrazan para llevar a cabo el encantamiento, Cervantes cuenta cómo el hidalgo «dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo». Lo que ocurre es que, en realidad, los «fantasmas» –una vez más para desgracia de los soñadores como nuestro caballero– son de carne y hueso. En la II parte, el bachiller Carrasco le pone al corriente de que han salido a la luz sus aventuras, y don Quijote se imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamiento las habría dado a la estampa» (*Q*, II, 2).

²³ Fantasía, para Vives, es la facultad que perfecciona las imágenes sensoriales, que de por sí son imperfectas. En el siglo XVI comenzó a hablarse de esta facultad que perfeccionaba las imágenes impresas en los sentidos y que completaba la tríada clásica de las potencias del alma intelectual. «Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros», nos dice Cervantes. Serés equipara ambas facultades en «el concepto de fantasía, desde la estética clásica a la diociochesca», ALEUA, 10. Universidad de Alicante, 1994.

titución predomina lo cálido, por lo que sus facultades más pujantes son la fantasía y la imaginativa. La alternancia entre entendimiento ileso y fantasía e imaginativa trastocadas es lo que le produce su peculiar vesania, he aquí el meollo de sus actos: la realidad oscila para don Quijote porque entre la imagen sensorial y el alma se interponen una imaginativa y una fantasía lesionadas. Hoy día a las lesiones de este calibre se les denomina mitomanía, monomanía delirante, prepsicosis o esquizofrenia. Su caso es análogo al expuesto por Huarte de San Juan:

Demócrito Abderita fue uno de los mayores filósofos [...]; el cual vino a tanta pujanza de entendimiento allá en la vejez, que se le perdió la imaginativa, por la cual razón comenzó a hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de términos, que toda la ciudad de Abderas le tuvo por loco [...]; y llegando [Hipócrates] al lugar donde habitaba [...] comenzó a razonar con él. Y haciéndole las preguntas que convenía para descubrir la falta que tenía en la parte racional, halló que era el hombre más sabio que había en el mundo. [...] Y fue la ventura de Demócrito que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo fueron discursos del entendimiento y no de la imaginativa donde tenía la lesión (*Examen*, I, pp. 207-209).

Muchos de los personajes del *Quijote* quedan desconcertados ante la ambivalente locura que padece Quijano. El cura no sabe a qué atenerse²⁴, ni siquiera cuando tiene que explicar a Cardenio los actos de su convecino. Así, pone en su boca Cervantes las palabras siguientes:

[...] fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si se le trata de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento (*Q*, I, 30).

Otro famoso personaje, el Caballero del Verde Gabán, expone en los siguientes términos la locura del hidalgo a su hijo, el estudiante don Lorenzo:

No sé lo que te diga, hijo –respondió don Diego–; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos (*Q*, II, 18).

Tal desequilibrio humoral no hubiera trascendido a mayores desastres en otros sujetos, pero en el de Quijano, merced a su desmedida afición por la lectura de los libros de caballerías, la combinación fatal –para él, no para nosotros,

²⁴ A este respecto narra Cervantes: «Mirábalo el canónigo y admirábase de ver la extrañeza de su gran locura, y de que cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, tratándose de caballería» (*Q*, I, 49).

que disfrutamos a costa de su salud— estaba servida²⁵. Él no estaba dispuesto a perder durmiendo ni un solo instante de la vida apasionada que se abría ahora ante sus ojos, aun a costa de su imaginativa. «Duerme tú, que naciste para dormir» (*Q*, I, 20 y *Q*, II, 68), le dice a Sancho en dos ocasiones; aunque ese consejo²⁶ sólo es en lo tocante a la labor escuderil, porque cuando pasa a ser gobernador le amonesta de manera bien diferente con la política que lleva para consigo mismo: «Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del día» (*Q*, II, 43)²⁷.

En cualquier caso, el agravante —según se creía en la época y así lo reflejó Cervantes— fueron los libros de caballerías. En el siglo XVI no se veía con buenos ojos la lectura abundante de libros porque era general la creencia de que alteraba el entendimiento, sobre todo tratándose de libros de ficción²⁸. Descartes en el *Discurso del método* (1637) dice: «[...] aquellos que regulan sus propias costumbres según los ejemplos que de tales historias sacan, se exponen a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y concebir designios que sobrepasan a sus fuerzas»²⁹.

Los críticos moralistas alzaban la voz contra la naturaleza engañosa de la literatura imaginativa por su falta de verosimilitud, y sólo aprobaban aquellas ficciones que tuvieran una mayor adecuación con el mundo real en aras de la credibilidad. Pero en la búsqueda de ese máximo parecido con la realidad el autor obediente con los preceptistas intensificaba de manera contraproducente el poder de atracción del relato para el lector, revistiendo la ilusión de apariencia más real. Es decir, cuanto más verosímil era una narración fantástica, más riesgo corría el lector-oyente de creérselo; los neoaristotélicos se pillaban los dedos de las dos formas en la eterna lucha de la razón contra la emoción. El riesgo de creer o no la fábula de ficción dependía y depende de los deseos del lector de aceptar como verdad lo que se le ofrece.

No olvidemos que don Quijote no era el único en dar crédito a las historias de caballerías. En el delicioso capítulo XXXII de la primera parte se nos da

²⁵ Avallé-arce, *op. cit.*, p. 109: «Quiero destacar en la ocasión el hecho de que los sentidos no engañen a don Quijote en absoluto. [...] Es en el paso de lo sensorial a lo anímico que estas imágenes quedan totalmente trascordadas: el alma de don Quijote registra, en vez de venta, un castillo, y dos hermanas doncellas en lugar de las dos mozas del partido».

²⁶ El capítulo XLVII de la segunda parte es un compendio resumido de los conocimientos dietéticos de la época y en él se menciona de manera explícita a «nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina».

²⁷ Green, Otis H. «El Ingenioso Hidalgo», *Hispanic Review* XXV, 1957, p. 180, n. 18: «This of course is the antidote to the lack of sleep which was the original cause of Don Quijote's derangement».

²⁸ Chevalier, Maxime. *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid, Turner, 1976. También ofrece mucha información sobre este asunto, en conexión con la picaresca B.W. IFE en *Reading and fiction in Golden-Age Spain*, Cambridge. Cambridge University Press, 1985.

²⁹ Descartes, René. *Discurso del método*. Traducción y notas de Jorge Carrier Vélez, Barcelona, Edicomunicación, 1994.

cuenta de cómo el ventero cree en su veracidad a pesar de que el cura le jure «que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron», a lo que aquél responde con una cláusula no exenta de contenido crítico, que no tiene desperdicio:

¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio! (Q, I, 32).

La ironía cervantina en boca del ventero no puede ser más explícita.

LA FÓRMULA COLÉRICO-SUTIL-INGENIOSO

Sutileza y facilidad de inventiva a don Quijote no le faltaban, y éstas eran las cualidades indispensables en el hombre de *ingenio*³⁰; si alguien duda de esa sutileza, que acuda a los discursos pronunciados por nuestro hidalgo sobre «la Edad de Oro» y «las armas y las letras» en los capítulos XI y XXXVII-XXXVIII respectivamente³¹. A este respecto recordemos lo que de él dijo don Luis: «él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos» (Q, II, 18)³². Sirvan para confirmarlo las palabras de Huarte:

Sólo quiero dar a entender que la gracia y donaire que tienen los buenos predicadores con la cual atraen a sí el auditorio y lo tienen contento y suspenso, todo es obra de la imaginativa, y parte de ello de la buena memoria (*Examen*, X, p. 433).

¿Por qué eligió Cervantes precisamente el adjetivo *ingenioso* y no otro para calificar a don Quijote? Es difícil pensar que lo escogió al azar cuando nada escribió que no fuese de un modo intencionado; todo en él obedece a un cuidadoso descuido del que hace gala constantemente en errores de bulto y olvidos que no caben atribuirse a otra cosa que a la premeditación más deliberada.

³⁰ Covarrubias (*s. v.*) lo define así: «Vulgarmente llamamos *ingenio* a una fuerza natural de entendimiento, investigadora de lo que por razón y discurso se puede alcanzar en todo género de ciencias, disciplinas, artes liberales y mecánica, sutilezas, invenciones y engaños». Cejador y Frauca en *La lengua de Cervantes*, II, Madrid, 1906, anota los pasajes del *Quijote* donde se utiliza la palabra.

³¹ Téngase en cuenta que para Huarte «la oratoria es una ciencia que nace de cierto punto de calor», concepto clave éste del *calor* para poder interpretar la sintomatología quijotesca.

³² Del auditorio que tuvo don Quijote en sus dos discursos describe Cervantes lo siguiente: «De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que, por entonces, ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; [...]» (Q, I, 37).

En 1910, Robinson Smith da una definición muy aproximada de lo que con la palabra *ingenioso* Cervantes quiso dar a entender, *the imaginative gentleman*, expresión que posteriormente fue sustituyendo al estereotipo de visionario. La transición de Alonso Quijano fue desde un hidalgo manchego de temperamento colérico³³ a imaginativo monomaniaco; de todas maneras, su locura sigue una trayectoria pasajera de ida con el delirio y vuelta con la muerte.

Vaya por delante que la coincidencia entre *ingenioso*³⁴ –tal como usa este término Cervantes– y la utilización que de él hace Huarte de San Juan va más allá de la mera similitud formal³⁵. Cervantes no sólo estaba al corriente, sino que había leído el *Examen de ingenios* (incluso Mauricio de Iriarte sugiere que ambos pudieron conocerse personalmente)³⁶. Para el médico navarro, *ingenio* es «lo mismo que fecundidad de la inteligencia [...], capacidad de engendrar conceptos o figuras representativas de la naturaleza de las cosas».

Hay en el *Quijote* una gradación de *ingenios*³⁷; así, Sancho Panza es «de boto ingenio» (Q, I, 25), de manera que Cervantes considera que todo hombre es poseedor de cierto grado de inteligencia, ya sea éste sutil o boto. Llegados a este punto, dejemos hablar a Huarte, *vox populi* de la medicina del siglo XVI:

Porque, según la opinión de los médicos, en muchas obras exceden los destemplados a los templados; por donde dijo Platón que por maravilla se halla hombre de muy subido ingenio que no pique algo en manía³⁸, que es una destemplanza caliente y seca del cerebro (*Examen*, 2.º premio, p. 179).

Es evidente que Cervantes eligió con gran tino el sobrenombre de Alonso Quijano³⁹: un hidalgo caliente y seco, maniático de los libros de caballerías, que

³³ El estío, según las relaciones entre la Naturaleza y los humores, se correspondía con el temperamento colérico, y don Quijote, como veremos más adelante, lo era. Es difícil imaginarse al inveterado caballero cabalgando sobre Rocinante bajo los rigores de la nieve hibernal. Como vemos, las implicaciones trascienden ya al ámbito de la *eugénica* de los lugares, aires, climas, etc.

³⁴ Se ha apuntado también la posibilidad de que el adjetivo *ingenioso* que reza en el título hubiera podido ser añadido por el impresor, siempre con miras a un mayor éxito de ventas. En cualquier caso, no nos ha sido posible confirmar este extremo; por otra parte, *ingenioso* aparece una y otra vez a lo largo del libro, ya en multitud de epígrafes, ya en el propio texto: «Dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*» (Q, II, 2). Es más, el adjetivo se repite en el título de la segunda parte diez años después.

³⁵ Cf. al respecto el exhaustivo estudio de IRIARTE, Mauricio de. *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de ingenios*. Madrid, CSIC, 1948, pp. 311-332.

³⁶ *Ibid.*, p. 313, n. 3.

³⁷ Según Vives (*op. cit.*), ingenio es *universa vis mentis nostrae*.

³⁸ Platón, Ion, 553E-534A-B, cuando habla sobre el ingenio para la poesía dice: «*ingenium excellens cum mania*». Cf. también HUTCHINGS, «The *Examen de ingenios* and the doctrine of original genius», *Hispania*, XIX, 1936.

³⁹ Según Cervantes, el *ingenioso* dice «cosas llenas de sentencias y avisos» (Q, II, 49). Iriarte, *op. cit.*, p. 316, considera la posibilidad eufónica –*ingenioso hidalgo*– en la elección del término *ingenioso*. Para Iriarte, Cervantes pertenecía al «tipo auditivo». E incluso el nombre de batalla del hidalgo, como cuenta Fernando BOUZA en *Locos, enanos y hombres de pla-*

tan pronto pasa del sosiego a la cólera más desatada⁴⁰, por fuerza había de ser *ingenioso*.

Aunque la fórmula colérico-sutil-ingenioso aparece por vez primera en el *Régimen y aviso de sanidad* (1562) de Francisco Núñez de Oria, parece claro que se inspirase más en el *Examen de ingenios*. Los paralelismos existentes entre ambas obras nos llevan a pensar una y otra vez que la influencia modernizante de Huarte en Cervantes va más allá de la coincidencia. Es sumamente ilustrativo un caso clínico de pérdida de juicio recogido por el navarro debido a la configuración psicopatológica que ofrece y que nos trae a la memoria de forma instantánea al hidalgo manchego. El loco Luis López recupera la razón con el estertor postrero:

En confirmación de lo cual no puedo dejar de referir aquí lo que pasó en Córdoba el año de 1570 (estando la corte en esta ciudad) en la muerte de un loco, cortesano, que se llamaba Luis López. Éste, en sanidad, tenía perdidas las obras del entendimiento, y en lo que tocaba a la imaginativa decía gracias y donaires de mucho contento. A éste le dio una calentura maligna de tabardete, en medio de la cual vino de repente a tanto juicio y discreción que espantó toda la Corte; por la cual razón le administraron los sacramentos y testó con toda la cordura del mundo; y así murió invocando la misericordia de Dios y pidiéndole perdón de sus pecados (*Examen*, IV, p. 305)⁴¹.

Este paralelismo del loco López trasciende el ámbito más o menos anecdótico cuando leemos en el Prólogo a las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* (1615) unas palabras surgidas de la pluma cervantina: «aquel famoso loco Luis López» (incluso llega a puntualizar Cervantes el lugar donde aquél fue inhumado: entre los dos coros de la catedral de Córdoba).

Similar situación aparece reflejada en el *Persiles*, cuando narra Cervantes: «[...] creyó sin duda alguna [Villaseñor] que el conde había perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dicen grandes sentencias o se hacen grandes disparates»⁴². En sentido análogo, Huarte escribe:

Y es que si el hombre cae en alguna enfermedad por la cual el cerebro de repente mude su temperatura, como es la manía, melancolía y frenesía, en un momen-

cer en la corte de los Austrias. Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 145, fue elegido con intención: «Un caso especial lo constituye la terminación de los aumentativos despectivos en *-ote*, a la que Cervantes acudió para rebautizar de loco a su Alonso Quijano».

⁴⁰ «[...] el colérico es osad, súbito, agudo, ingenioso, se enfurece y tranquiliza fácilmente; la cita está tomada de Otis H. GREEN, op. cit., p. 183, quien a su vez la recoge del Dr. J. B. Ullersperger, *Historia de la psiquiatría y de la psicología en España*, Madrid, Alhambra, 1954, p. 80.

⁴¹ Esta influencia fue recogida por IRIARTE, op. cit., p. 319.

⁴² Cervantes, Miguel de. *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Edición de Juan Bautista-Avalle-Arce. Madrid. Clásicos Castalia, 1987, pp. 338-339. Avalle estudia el caso a fondo en *Deslindes cervantinos*. Madrid, 1961, y lo amplía en *Nuevos deslindes cervantinos*. Barcelona, Ariel, 1975.

to acontese perder, si es prudente, cuanto sabe, y dice mil disparates; y si es necio, adquiere más ingenio y habilidad que antes tenía (*Examen*, pp. 304-305).

Por otra parte, explica Huarte que la causa de la sequedad del cerebro, junto con la vigilia, es también la tristeza: «la tristeza y aflicción gasta y consume la humedad del cerebro», y así lo explica el cura cuando trata de disimular a ojos de don Quijote el que la hermosa Dorotea olvidara su nombre postizo de princesa Micomicona:

No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda (*Q*, I, 30).

Don Quijote, el último de los caballeros andantes, fue hombre proclive a la tristeza, y acosado por la melancolía⁴³ murió en la cama bajo la mirada imponente de los que le querían: «porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido [...], se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama», y un poco más abajo añade: «Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan» (*Q*, II, 74)⁴⁴. Hasta Rocinante se contagiaba de la melancolía de su amo:

Sucedió en este tiempo —escribe Cervantes—, que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó a oler a Rocinante; que melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía, sin moverse, a su estirado señor (*Q*, I, 43).

El hombre de ingenio, según Aristóteles, era inclinado a los estados melancólicos; los humores, causantes de los movimientos del corazón, se combinaban como ya hemos visto, y a veces en los individuos ingeniosos y secos producían una contracción cardíaca y daban lugar al ataque de melancolía con la consiguiente tristeza irrefrenable; «La tristeza y aflicción deseca y consume las carnes, y por esta razón adquiere el hombre mayor entendimiento», enseña Huarte. El cerebro de Quijano ha mudado su temperatura, aparece la melancolía, don Quijote —el loco— muere, Alonso Quijano el Bueno vuelve a la vida tan sólo unos instantes, suficientes para despedirse de sus amigos... Cervantes cuell-

⁴³ Cf. el clásico y documentado estudio de KLIBANSKY, PANOFSKY y SAXL, *Saturno y la melancolía*. Madrid, Alianza Forma, 1991. Véanse también ESCUDERO ORTUÑO, Alberto, *Concepto de la melancolía en el siglo XVII*. Prólogo de J.J. López Ibor, Huesca, Tesis de la Universidad Central, 1950, y Angelino, C. y Salvaneschi, E., *Aristotele. La melancolía dell'uomo di genio*. Génova, Il melangolo, 1981.

⁴⁴ Conste que Cervantes quitó la vida a su personaje de manera que ningún otro «escritor fingido y tordillesco» se aprovechara más de la historia, como deja ver al final del último capítulo. Muerte similar a la que sufre Camila, protagonista de *El curioso impertinente*, novela interpolada en la primera parte: «[...] lo cual sabido por Camila, hizo profesión y acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías» (*Q*, I, 35).

ga de la espetera el instrumento con el que acaba de darle muerte. El rito trágico que conlleva toda creación acaba de consumarse una vez más.

Continuemos con la fórmula de la enfermedad de Alonso Quijano, en concreto con su dimensión de hombre colérico⁴⁵. Partimos con Huarte de la base de que «La vigilia de todo el día deseca⁴⁶ y endurece el cerebro, y el sueño lo humedece y fortifica», por lo que el hidalgo manchego con su manía, sus lesiones en la imaginativa y fantasía, su exacerbado ingenio, su calor bullente en los humores y su extrema sequedad estaba abocado a padecer frecuentes, aunque transitorios, ataques de cólera. Cuando se encuentra con que su librería se ha volatilizado por obra –según se imagina– del sabio Frestón, ama y sobrina dejan las réplicas para mejor ocasión «porque vieron que se le encendía la cólera» (Q, I, 7). En otro momento en que Sancho pone de manifiesto *a posteriori* la desahogada liberación de los galeotes, su amo le apostrofa:

[...] a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto se lo haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene.

Ante razones tan convincentes Sancho no tuvo por menos que callarse, al igual que aquella ocasión en que quiso hacer entender a su amo las ventajas de un enlace con la princesa Micomicona en vez de Dulcinea, sólo que esta vez sí montó en desatada cólera:

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzón, sin hablalle palabra a Sancho, y sin decirle esta boca es mía, le dio tales dos palos, que dio con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida (Q, I, 30).

El colérico en un ataque de bilis amarilla apenas puede mediar palabra, pues, como dice Huarte «el no acertar a hablar puede nacer de tener la lengua mucho calor y sequedad, como acaece a los coléricos, los cuales, enojados, no aciertan a hablar».

Pero aún más elocuente es el siguiente fragmento, en el que de nuevo surge la confrontación entre amo y escudero:

¡Oh, válame Dios, y cuán grande fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

⁴⁵ Green, op. cit., establece la relación entre don Quijote y el hombre colérico descrito por el arcipreste de Talavera en el *Corbacho*.

⁴⁶ «¿Qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados?», nos dice Cervantes en el prólogo.

—¡Oh bellaco villano, malmirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! [...] ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes, y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara. Y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo, para temprarle la ira [...]. (Q, I, 46).

En la aventura de los disciplinantes también se pone de manifiesto el temperamento del hidalgo cuando aquellos entienden «[...] que don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse a reír muy de gana; cuya risa fue poner pólvora a la cólera de don Quijote; porque sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió a las andas» (Q, I, 52).

Como vemos, don Quijote no hace otra cosa que confirmar el prototipo de colérico expuesto en el *Examen* una y otra vez, y se erige como paradigma de aquellos quienes, como afirma Huarte, «estando en paz aciertan muy bien a hablar; pero enojados, sube el calor más de lo que conviene, y desbarata la imaginativa».

El proceder asimilador cervantino no desdeñó la ciencia de más actualidad entonces, representada en la persona del médico navarro, e inmortalizó para siempre la fórmula clínica propuesta por éste al socaire de la péñola que trazó de modo indeleble los rasgos psicopatológicos del más ilustre de los enfermos de nuestra literatura.

INFLUENCIAS EVIDENTES EN OTROS PASAJES CERVANTINOS

Sin embargo, esta influencia va más allá de la construcción de caracteres. El contagio se materializó en paralelismos textuales, no ya sólo en el *Quijote*, sino también en *El Licenciado Vidriera*, *La elección de los alcaldes de Daganzo* y *El Persiles*⁴⁷. Mas no cabe pensar en Cervantes una inspiración directa, con el *Examen* abierto sobre la mesa. No. La lectura del tratado más impactante de aquel mundo científico dejó a buen seguro huella indeleble en su prodigiosa memoria, capaz de retener textos que interaccionaban de manera espontánea y de revivir y actualizar lecturas en el proceso creador.

De todos es conocida la desmedida afición de Cervantes por la lectura, hasta el extremo de detenerse a leer hasta «los papeles rotos de las calles»; aun-

⁴⁷ Iriarte, *op. cit.*, 326-328.

que la hipérbole es exagerada, no empece para pensar que en él se avivaba de continuo la llama del lector compulsivo, el ímpetu insaciable del autor que ha de calmar sus expectativas culturales. Por tanto, en nada mancilla su calidad de genio el que sus posos de lecturas asimiladas como la de Huarte retornaran a su memoria en un momento dado:

- 1) Porque si el hombre se pone a imaginar en alguna afrenta que le han hecho, luego acude la sangre arterial al corazón y despierta la irascible, y da calor y fuerza para vengarse (*Examen*, II, p. 290).
La ira, según se dice, es una revolución de la sangre que está cerca del corazón la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero suyo la venganza (*Persiles*, p. 386).
- 2) Y, así, ninguno de los graves autores fue a buscar lengua extranjera para dar a entender sus conceptos; antes los griegos escribieron en griego, los romanos en latín, los hebreos en hebraico, y los moros en árabe; y así hago yo en mi español, por saber mejor esta lengua que otra ninguna (*Examen*, VII, p. 399).

El grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras (*sic*) para declarar la alteza de sus conceptos (*Q*, II, 16)⁴⁸.

Apoyado en el caviloso talante cervantino encontramos un entresijo vasatísimo de conocimientos que proviene de esa cristalización como norma creativa que fue capaz de recuperar formas agotadas y de asimilar otras nuevas para dar un espíritu, un hálito redentor, a cientos y cientos de páginas periclitadas hoy y olvidadas por casi todos. Éstas se cruzaron para bien de la humanidad en el camino de una mente privilegiada, ávida de revitalizar materias architradiciones vertiéndolas en moldes prístinos y sin embargo capaces de sorprender, tan vulnerables y enamorados como la esencia de la vida misma.

FISONOMÍA QUIJOTESCA

No es nuestra intención adentrarnos ahora en el apasionante mundo de la fisonomía médica, que tanta vigencia tuvo desde la época medieval, y que se fundamentaba en la creencia de que por el aspecto externo podía llegarse a conocer el talante de los individuos, sino ver cómo la caracteriología de don Quijote obedece a las pautas somáticas ya dadas en acorde con los planteamientos huartinos.

⁴⁸ Sirvan estos ejemplos como botón de muestra más significativo de los que recoge Iriarte. Cf. también Otis H. Green, «*El licenciado Vidriera*: Its relation to the *Viaje del Parnaso* and the *Examen de Ingenios* of Huarte», *Linguistic and Literary Studies in Honor of Helmut A. Hatzfeld*. Washington, 1964.

Es indudable que Cervantes era un maestro de la descripción del paisaje; prueba de ello es que en muchas ocasiones dio rienda suelta a su vena artística utilizando la pluma a manera de pincel. Con él completó el cuadro de los demonios internos de don Quijote y le dio una forma, un color, una textura que ni al mismo Sancho agradaban: «[...] que en verdad en verdad que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar» (Q, II, 58).

Recabemos ahora un «salpicón» de datos aspectuales de don Quijote que contrastaremos más abajo con los dictados de Huarte:

Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador (Q, I, 1) las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias (Q, I, 35) su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo (Q, I, 37) tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne de momia (Q, II, 1) alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos (Q, II, 14) seco, alto, tendido, con las quijadas, que por de dentro se besaba la una con la otra (Q, II, 31) con una voz ronquilla, aunque entonada (Q, II, 46) largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y, sobre todo, no nada ligero (Q, II, 62)⁴⁹.

En el capítulo donde Maritornes y la hija del ventero embroman a don Quijote por el ventanuco del pajar, dejándolo allí colgado, víctima como tantas otras veces de pesadas mistificaciones que incentivaban cruelmente su enfermedad, el Caballero de la Triste Figura explica así sus propios rasgos morfológicos.

Tomad, señora, esa mano, o, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas; de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene (Q, I, 43).

Y éstos son los parámetros etopéyicos que describe Huarte, que no parecen sino el retrato fidedigno del ingenioso hidalgo:

Los humores que endurecen las carnes son cólera y melancolía (*Examen*, VII, p. 365).

El hombre que es caliente y seco en el tercer grado tiene muy pocas carnes, duras y ásperas, hechas de nervios y murecillos, y las venas muy anchas [...]. También el color del cuero, si es moreno, tostado, verdinegro y cenizoso, es indicio de estar el hombre en el tercer grado de calor y sequedad [...]. Los hombres muy calientes y secos por maravilla aciertan a salir muy hermosos, antes feos y mal tallados; porque el calor y la sequedad, como dice Aristóteles de los de Etiopía,

⁴⁹ Cf. Iriarte, *op. cit.*, pp. 320-321.

hace torcer las facciones del rostro, y así salen de mala figura (*Examen*, XVIII, pp. 620-621).

Si no de mala figura, don Quijote sí adoptó con conocimiento de causa el sobrenombre «de la Triste Figura», que *mutatis mutandis* viene a significar la misma cosa; por tanto, Cervantes presupone en un hombre de mediana cultura como lo era nuestro hidalgo un cierto bagaje científico elemental, lo que supone en el personaje de Alonso Quijano un estrato dilatado de autoconsciencia fisonómica y temperamental que muchos quisieran para sí.

Estos significados o conocimientos implícitos en el hecho literario eran sintonizados con nitidez por sus receptores en virtud del sistema de valores estético-literarios e ideológicos en general que compartían con el autor. Los furibundos accesos de cólera sazonados con dosis de ingenio de un hidalgo mutado en estantigua, cabalgando por los campos de Montiel, han ido tomando episódicamente carices diferentes desde que saliera por vez primera de la imprenta de Juan de la Cuesta y fuera contemplado por la dimensión receptora en un juego de guiños, catalizado a través de una pulsión inteligente de la que carecemos.

Estamos, en definitiva, ante uno de los casos del inmisericorde fenómeno que el gran crítico inglés C.S. Lewis denominó con la indulgente perífrasis de *imagen descartada* (*discarded image*) para referirse al olvido histórico, el cual constituye una ley tan inamovible como constante que precisamente en este trabajo tratamos de paliar en cierta manera (*Necisitas omnem legem frangit*).

AQUELLOS LOCOS DIVINOS

Un loco, era un loco, sí, pero menos. La caterva de locos, graciosos y bufones que habitaba la Corte era admirada y respetada, y hacía las delicias de gentes de toda condición con sus facecias y cuentecillos, desde el rey hasta el solícito fámulo; podían decir verdades a los monarcas que de haber salido de boca cuerda hubiera sido silenciada ésta con la pena capital⁵⁰. Para muchos librepensadores, la locura *-lato sensu-* era la máxima sabiduría y felicidad, cualidades que las orates compartían con los niños y ancianos⁵¹.

Erasmus en el *Elogio de la locura* (1511)⁵² relata el testimonio de «aquel ciudadano de Argos, cuya locura le llevaba a pasar días enteros sentado en el teatro, viendo, aplaudiendo y gozando»:

⁵⁰ Para mayor abundamiento en el tema del juego ingenioso áulico, Cf. Chevalier, Maxime, *Quevedo y su tiempo: La agudeza verbal*. Barcelona. Crítica, 1992.

⁵¹ «Cristo da gracias por habérseles ocultado el misterio de la salvación a los sabios, y por haber sido descubierto a los niños, esto es, a los estultos, pues en griego la palabra *nepíos* significa niño y loco a los que opone los sabios (*sofoi*)». Erasmus, *Elogio de la locura*, edición de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid, Alianza, 1984, p. 135.

⁵² Erasmus, *op. cit.*, pp. 79-80.

Se imaginaba –prosigue Erasmo– que estaban representando tragedias estupendas, cuando de hecho no se representaba nada. Por lo demás se producía correctamente su vida [...]. Una vez cuando sus familiares le curaron a fuerza de póximas⁵³, y vuelto a sus cabales, protestó diciendo:

Me habéis matado, amigos.
No se conserva, se mata
a quien habéis quitado el placer,
arrancándole por la fuerza el desvario de la mente.

Lo cual concuerda a la perfección con el caso que expone Huarte del paje maníaco y que a Cervantes le vino como anillo al dedo para pergeñar el relato de Tomás Rodaja⁵⁴, si bien la situación atestiguada se repetía con frecuencia en la nobleza:

Pero –cuenta Huarte– esto es cifra y caso de poco momento respecto de las delicadezas que dijo un paje de un Grande de estos reinos estando maníaco. El cual era tenido en sanidad por mozo de poco ingenio; pero caído en la enfermedad, eran tantas las gracias que decía, los apodos, las respuestas que daba a lo que le preguntaban, las trazas que fingía [que] el propio señor jamás se quitaba de la cabecera rogando a Dios que no sanase [...]. Porque, librado el paje de esta enfermedad, se fue el médico que le curaba a despedir del señor, con ánimo de recibir algún galardón o buenas palabras; pero él le dijo de esta manera: «Yo os doy mi palabra, señor doctor, que de ningún mal suceso he recibido jamás tanta pena, como de ver a este paje sano; porque tan avisada locura no era razón trocarla por un juicio tan torpe como a éste le queda en sanidad. Paréceme que de cuerdo y avisado lo habéis tornado nescio, que es la mayor miseria que a un hombre puede acontecer» [...] y en la última conclusión de muchas cosas que habían tratado, dijo el paje: «Señor doctor, yo os beso las manos por tan gran merced, como me habéis hecho en haberme vuelto a mi juicio; pero yo os doy mi lapabra, a fe de quien soy, que en alguna manera me pesa de haber sanado, porque estando en mi locura vivía en las más altas consideraciones del mundo, y me fingía tan gran señor que no había rey en la tierra que no fuese mi feudatario. Y que fuese burla y mentira, ¿qué importaba?, pues gustaba tanto de ello como si fuera verdad. ¡Harto peor es ahora, que me hallo de veras que soy un pobre paje y que mañana tengo que comenzar a servir a quien estando en mi enfermedad no le recibiera por mi lacayo!» (*Examen*, IV, pp. 308-309).

En *El Licenciado Vidriera*, los viandantes paran en plena calle a Tomás, enloquecido ya, haciéndole preguntas porque saben que obtendrán respuestas ingeniosas que constituyen por sí mismas todo un compendio de habilidades dialéctico-humorísticas, irónicas si se quiere. Los quichillos que le siguen, la ropera, los estudiantes, el mozo de mulas, etc., se sienten irresistiblemente atraídos por el juego verbal del licenciado ambulativo, y lo siguen, y lo escuchan, y participan

⁵³ Se les administraba para su curación eléboro, planta ranunculácea de propiedades hidragogas, emenagogas, diuréticas y catárticas violentas.

⁵⁴ Iriarte, *op. cit.*, p. 318.

motu proprio mirándolo de hito en hito... En fin, un plato demasiado tentador para los potentados al igual que ocurría en el caso expuesto arriba por Huarte, de modo que relata así Cervantes:

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla, y llegando noticia de un príncipe o señor que estaba en la corte, quiso enviar por él, y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase⁵⁵.

Erasmus, que habla en el *Elogio* por boca de la Estulticia, prefiere el desvarío liberador a la razón y llega a considerarlo don de los dioses.

La locura que el erasmismo eleva a la categoría de deseable transita por los caminos de la ironía que hollaron los pies de Cervantes, y dilacera la realidad circundante derramando a mansalva dosis de humildad, humor y autocrítica sobre los lectores que se creen libres de toda sospecha o síntoma de desquicio.

CONSIDERACIÓN FINAL

Fue Cervantes, según sus propias palabras, «un hombre de mal cultivado ingenio», acosado por la ley, que supo de esa secreta dolencia cardíaca y obró el milagro de elaborar en síntesis definitiva una triaca universal, compuesta de una esencia vital metamorfoseada en estampa seca, maniática, colérica e ingeniosa. Esto es, una panacea gestada en la fragua de la observación cuyos dos ingredientes básicos son la experiencia y los conocimientos de su artífice.

Si para nosotros, lectores a las puertas del siglo XXI, es evidente la deuda de Cervantes hacia Huarte —parte de cuya doctrina incorporó de modo fiel y nítido—, cuánto más debió serlo para sus contemporáneos. ¿No son éstas fundadas sospechas para pensar en un profundo y sentido homenaje del más ilustre de los ingenios de las Letras españolas al último gran médico y polígrafo del Siglo de Oro?

⁵⁵ Cervantes, Miguel de. «El Licenciado Vidriera», *Novelas Ejemplares*, I. Barcelona, Sopena, 1930, p. 294.